
POR LA MISMA HERIDA

por Frida Varinia

Tercera parte (Diario de canastas viudas).

I

Todas tienen algo de viudas
caminan y lloran encorvadas
Tienen la cara llena de un negro ojeroso
por donde sueñan en aquel día
(gritería de sol entre sus piernas).

Vientres semi—ocultos
nostalgia también de viudez.

La candela de sus huesos está deforme,
la soledad se ha adelgazado por el uso
o desuso de sus apetitos.

Estan ahí, de todas maneras enfermas,
hoy las líneas de sus cuerpos
se pronuncian solas.

II

Locas, toda la vida se la pasan
de un estarse yendo,
para entender que eran entonces

formas opacas sin habitante,
con la caricia cegada
en sus sexos mal heridos.

Por un instante, ajenas, se miraron dentro
(por la misma herida).

La memoria y el mar,
los ángeles y su comparsa
tú mismo
olvidan, a veces, la profunda satisfacción
de las heridas.

III

Ya no tienen manos
y aún nos dan masajes tibios
sobre las venas.

Los ángeles dejan de nadar por la sepultura
de aquellos ríos tímidos en la piel.

Esperan a que tú, siendo ave,
amplíes la cantidad de sal en sus meriendas.

Después de haberlas amado serás siempre un lagarto,
ni esperanzas que Dios te admita en su pasado.

Así, muchos tocaron madera al verlas,
se preocuparon de no pasar bajo escalera;
sin recuerdo ni evidencia también tú pasarás,
reptil, por un horizonte molido de hierba.

Campo de vino confuso en la lengua,
infinidad de sangre de quien te virtió la vida.

Mientras yo disfruto, cuando tan débil,
intentas dirigirte a los oídos, casi siempre sordos, de los santos.

No te obligo, pero ya está escrito
que amanezcas en algún abdomen de tierra
para alumbrarte sobre hielo.

Los ángeles desclavan mariposas,
su, conocimiento sensible seduce sólo a las infantas
y antes de multiplicar los rezos,
proclaman el presentido paso del agua.

(La voz efímera de la virgen canta).

IV

SIN querer comulgamos
a la luz de un frío remordimiento.

Entramos muestos de risa,
podemos hablar con Dios, no sospechará
la sombra sin domicilio de nuestros hábitos.

Allá en el cielo, indiferencia eterna,
hacen como que Dios está ocupado.

A pesar de la incertidumbre y el pequeño ridículo,
habrá una serenidad que permita hablarse a uno mismo;
aunque para nosotros el altar sea sólo un muro de oraciones.

Sin voluntad, en la esquina enmohecida de una tumba
estaremos repartiendo flores con las canastas viudas.

V

Las mujeres necesariamente abandonadas
se reúnen en sus casas para morder,
la carne de los espejos.

Al ángelus, discretas se recogen
en sus celdas, culpables.

Fijan la mirada por las celosías
esperando que el ángel-azul
cabalque imperioso por las plazas.

Y para tener el honor de su presencia
dejan inmóviles las prendas orinadas
y sus sacrificios de servidumbre humana.

Las criadas aburridas y lánguidas,
sombras de los puertos.

VI

Bajo el desprecio del sol
las putas con su sacrílego cuerpo
desprenden pus de los senos,
ahí donde las heridas.

Todas nacen con la parte baja del vientre
entrecortado,
como una gota de sangre
en los ombligos nobles.

Indígnas, acostadas sobre la milpa
queriendo y no, confundidas.

Mientras sus hijos son errores
la vergüenza vuela sobre sus blusas.

VII

Las histéricas, separadas de la lluvia,
recogen con su voz los aullidos de la selva.

Uniformadas y ciegas
ni siquiera tienen miedo,
tal vez una violencia quemada.

Algunas andan arrastrando los ojos
con el estómago inflamado.

Abren las maletas donde las habían
enterrado a todas juntas.

Todavía conservan flores de tela
detenidas con cintas
hechas garra.

Recobran la memoria,
integran de nuevo la mirada,
y en su diario anotan,
cuando, creen que habra feria
la última cena con el fantasma.

Se visten de largo con hojas adheridas al cuerpo,
lechosas criaturas desterradas
por el manso terror de las muñecas que hablan.

